

Título de la ponencia:

Nuevos partidos políticos: un análisis comparativo de su comportamiento en las ciudades de Medellín y Bogotá (1991-2011)

Autor:

**Juan Carlos Escobar Escobar (jucaramacara@hotmail.com)
Universidad de Antioquia**

Área temática:

Partidos políticos y representación en América Latina

Trabajo preparado para su presentación en el VII Congreso Latinoamericano de Ciencia Política, organizado por la Asociación Latinoamericana de Ciencia Política (ALACIP). Bogotá, 25 al 27 de septiembre de 2013."

Nuevos partidos políticos: un análisis comparativo de su comportamiento en las ciudades de Medellín y Bogotá (1991-2011)

Por: Juan Carlos Escobar E.

Resumen:

La ponencia busca entender y comparar el cambio político-partidista acaecido en Medellín y Bogotá en las últimas dos décadas. Pretende encontrar y entender las raíces de procesos políticos y sociales relacionados con tendencias de voto en una y otra ciudad desde 1958 hasta hoy, que generaron la presencia de nuevos políticos con capacidad de acceder al poder local y modificar las prácticas y métodos de hacer política. También busca explicar por qué esos nuevos políticos pudieron construir, más decidida y claramente en Bogotá que en Medellín, una base electoral estable y duradera.

Introducción

A lo largo de las dos décadas pasadas los colombianos asistimos una y otra vez a la anunciada defunción de los partidos políticos a expensas de los llamados independientes, de los “nuevos”, de las terceras fuerzas o de lo que la Registraduría denominó como “otras opciones”. Las reformas institucionales de la década de los ochenta y principios de los noventa, la incursión en el escenario político de un partido de izquierda como la Unión Patriótica y la retórica de la democracia participativa que intentaba instalarse, generaron esa sensación de que algo empezaba a cambiar. Más adelante, el entusiasmo que produjeron los resultados de la Alianza Democrática M-19 en las elecciones para conformar la Asamblea Nacional Constituyente en 1990 y en las elecciones parlamentarias de 1991 hizo pensar a algunos que estábamos ante el quiebre definitivo del sistema político tradicional o por lo menos ante la reorganización del sistema de partidos que implicaba la muerte del bipartidismo. Incluso uno de los objetivos explícitos de la Constituyente era la reconfiguración del sistema de partidos.

Como se sabe, el cambio político y la reorganización del sistema de partidos debieron esperar unas décadas más para concretarse. Las elecciones parlamentarias de 1994 trajeron consigo el reposicionamiento del bipartidismo y la postergación, una vez más, de la consolidación de una tercera fuerza política que amenazara la permanencia del bipartidismo colombiano. En este como en otros casos el marco y el discurso constitucional fueron instrumentalizados por los actores tradicionales para reposicionarse en el espectro político. Adicionalmente, la criminalización de la política, que implicó el exterminio de la Unión Patriótica y de líderes de otros grupos políticos de izquierda, contribuyó a que el entramado político siguiera siendo dominado por los tradicionales.

La postergación del quiebre del bipartidismo en el ámbito nacional no fue sin embargo obstáculo para que el discurso de los “independientes”, de los sin partido y en algunos casos de los “anti- partido”¹, se extendiera por el país y se instalara especialmente en las grandes ciudades. Todo esto pasaba mientras en algunos países del vecindario se experimentaban, en unos casos incluso desde los años ochenta, procesos de cambio político agenciados por políticos y movimientos que no guardaban relación con los actores tradicionales de la política.

El propósito de este artículo es examinar los procesos de cambio político en las ciudades de Bogotá y Medellín a partir de la revisión de la bibliografía existente sobre el tema y teniendo en cuenta el contexto nacional y regional en el que se enmarca el problema. Para ello, el texto está dividido en dos partes gruesas: en la primera se hace un breve acercamiento a lo que ha pasado en los países del Área Andina, teniendo en cuenta especialmente algunos trabajos que han abordado el caso de tres países andinos, Perú y Ecuador y Colombia, tratando de mostrar la particularidad de este último país en el tema de la aparición de políticos outsiders² y nuevos partidos³ y la manera en que estos nuevos políticos y partidos surgieron en Colombia, o al menos fueron exitosos electoralmente, inicialmente en contextos locales. En la segunda parte se abordan los casos concretos de Medellín y Bogotá para ejemplificar la forma en que estos

¹El antipartidismo es un tema que ha estado presente en las últimas décadas en la literatura politológica y ha sido abordado desde dos perspectivas. Un primer grupo se ha preocupado más por las actitudes de los ciudadanos hacia los partidos, sin tocar mucho el asunto del declive en el apoyo público de los mismos y dirigen su mirada a cuestiones como la evolución de la identificación partidista, la participación electoral, entre otros. Tratados desde el tema del antipartidismo (Gidengil et al, 2001) o los sentimientos antipartidistas (Torcal et al, 2007), estos trabajos asumen que el “sentimiento antipartidista forma parte de una crítica generalizada a otras instituciones democráticas, entre las que se incluirían el parlamento y en términos más generales las élites políticas o los políticos” (Torcal et al, 2007: 246). Sin embargo, el centro de su investigación se dirige a lo que sienten los ciudadanos por los partidos y a las actitudes de reacción o pasividad que este sentimiento genera. Otro grupo de trabajos concentra su análisis tanto en las estructuras organizativas, las funciones y los miembros de los partidos, como en sus actuaciones en el gobierno y en las instituciones representativas.

² Algunos autores acuden a la dicotomía outsider-insider para explicar el fenómeno (Barr, 2010: 32). Desde esta distinción casi etimológica, el status de outsider depende estrictamente de la ubicación en el sistema de partidos, no de la retórica ni de la estrategia. Otros autores insisten en el discurso condenatorio de la política y los políticos que introduce el outsider, señalándolos como la causa de los males de las democracias representativas (Lynch, 1999).

³ Las dificultades para establecer cuándo un partido es realmente nuevo no son pocas. Teóricamente, el desafío se puede encontrar usando una de tres aproximaciones: asumir la novedad con reservas; definir lo nuevo por el origen del partido; y aplicar una definición basada en un umbral (Barnea & Rahat, 2010) En este caso, Barnea y Rahat definen a los nuevos partidos teniendo en cuenta un umbral a partir del cual un partido nuevo puede ser considerado como tal: “Así sugerimos un umbral para nuevos partidos, un estándar que debe satisfacer un partido para ser considerado como nuevo, basado en estos dos criterios. Primero, el partido debe tener una nueva marca/nombre (explícitamente identificándose a sí mismo como nuevo en la competencia electoral); y segundo, no más de la mitad de sus candidatos en la lista pueden ser originarios de un partido viejo” (Barnea & Rahat, 2010: 310. Traducción propia) Una definición como estas ofrece un criterio numérico y pone como condición igualmente el asunto del marbete nuevo como criterio diferenciador. Sin embargo, descuida asuntos importantes, de tipo ideológico y programático, que son importantes para identificar nuevos partidos y diferenciarlos de los tradicionales.

escenarios, de formas distintas, presenciaron la aparición de nuevos partidos y políticos que confrontaron el sistema de partidos tradicional.

1. Algunas notas sobre lo que ha pasado en tres países del área andina: Perú, Ecuador y Colombia.

En este apartado se pretende examinar alguna literatura referida a la manera en que los países del Área Andina (especialmente Perú, Ecuador y Colombia), experimentaron procesos de cambio político, tratando de ilustrar hasta qué punto esos procesos en las últimas décadas han sido agenciados por nuevos actores, especialmente por políticos outsiders o anti sistema⁴.

En un texto reciente, Laura Wills Otero (2011) realiza un diagnóstico panorámico de la crisis de los partidos y los sistemas de partidos en América Latina. Su punto de partida es que no todos los partidos del área sufrieron declives electorales equivalentes ni simultáneos:

Por ejemplo, mientras en Venezuela Acción Democrática (AD) y el Partido Social Cristiano (Copei) se volvieron actores marginales a finales de los noventa, tras haber sido los partidos más institucionalizados de la región (Mainwaring y Scully, 1995) los partidos Liberal (PL) y Conservador (PC) de Colombia siguen siendo actores relevantes a pesar de no ser los actores hegemónicos que fueron durante más de un siglo y medio. En el Perú, el APRA revivió después de haber sido enterrado, mientras que en Ecuador y Bolivia solo quedan rastros de los partidos tradicionales, algunos de los cuales se han transformado o aliado a nuevas colectividades (Wills, 2011: 98)

La otra consideración gruesa de la profesora Wills Otero consiste en afirmar que pese al debilitamiento y, en algunos casos marginación de los partidos tradicionales de la vida política, vaticinar su desaparición definitiva y su reemplazo por actores como movimientos sociales es exagerado y equivocado. Los factores que le permiten explicar el declive partidista tradicional en la región son, en primer lugar, las crisis económicas vividas por estos países en los ochenta:

...la crisis económica que se presentó de manera generalizada en los años ochenta, así como la incapacidad de los gobiernos de enfrentarla efectivamente y mejorar los índices de pobreza, desempleo e inflación de sus pueblos, resultó en el desencanto de los ciudadanos con los partidos tradicionales. Nuevas fuerzas políticas y figuras antipartidistas vieron estas como una oportunidad para plantear propuestas novedosas –

⁴El concepto de “partido-antisistema” pretendía brindar una solución parcial a algunos problemas analíticos de las formas de oposición, enfocándose no solo en la ideología de los partidos, sino en su éxito para socavar la legitimidad del régimen al cual se opone en su “impacto deslegitimador” (Sartori, 1976: 132-3). El partido anti-sistema es concebido por autores como Michael Keren (2000) como un partido que habla en nombre de un imaginario en lugar de la sociedad civil real. Esta distinción (partidos enraizados en imaginarios versus la sociedad civil real) se basa en gran parte en la noción de “comunidades imaginadas” de Benedict Anderson y provee, según Keren, alternativas a algunos de los problemas previamente asociados con la categoría anti-sistema (Keren, 2000: 109). El intento del autor es interesante en la medida que busca una definición “positiva” del partido “anti-sistema” como un partido que procura un estándar de perfección derivado de su compromiso con un imaginario en lugar de la sociedad civil real.

no pocas veces “populistas”- que resultaran atractivas para los votantes (Wills, 2011: 107)

Otro factor explicativo al que se da igual importancia son las reformas institucionales realizadas en los distintos países en diferentes momentos y que tuvieron resultados disímiles. El punto de encuentro consiste en que estas reformas institucionales no resolvieron la crisis de la representación y, en algunos casos, la crisis se agravó:

En Venezuela el sistema de partidos colapsó definitivamente con la llegada de Hugo Chávez y el apartamiento del poder de AD y Copei; en el Perú los diez años de mandato de Fujimori significaron igualmente el colapso del sistema partidista y la imposibilidad de consolidar un régimen democrático; la profundización del conflicto social boliviano en un contexto en el que la pobreza se profundizaba, dio origen a una fuerte polarización del sistema político, en el cual los movimientos sociales indígenas se convirtieron en protagonistas, hasta el punto de llegar a la presidencia en 2005 con el Movimiento al Socialismo, de Evo Morales. Por su parte, el poder de los partidos tradicionales decreció sustancialmente. En Ecuador, las características de debilidad y fragmentación con las que emergió el sistema partidista del periodo democrático no pudieron ser superadas con la introducción de reformas institucionales. Al contrario, ellas se ahondaron con la implementación de cambios desacertados y muchas veces contradictorios. Finalmente, la apertura política que se llevó en Colombia llevó a la transformación del sistema partidista tradicional a un modelo en el cual empezaron a competir innumerable suma de partidos y sus facciones. La consecuencia más obvia fue la fragmentación profunda de la política y del sistema (Wills, 2011: 114)

Es importante mirar algunas particularidades de los procesos en tres de los países del Área Andina (Perú, Ecuador y Colombia) con el fin de precisar aspectos particulares del cambio político y la relación que este tuvo con la aparición de nuevos partidos y políticos.

Un estudio de gran importancia para entender la dinámica de cambio en el Perú y en otros países de la región, por su perspectiva comparada, es el libro de Martin Tanaka (1998). El texto logra mostrar dos hipótesis gruesas: primero, en el Perú no se dio un cambio, transformación o reordenamiento del sistema de partidos, como en otros países vecinos, sino un verdadero colapso. Segundo, el cambio, no solo de sistema de partidos sino de modelo económico, fue encabezado por un outsider:

Pese a que la pérdida de centralidad de la dinámica *movimientista* y la creciente importancia de la arena de la opinión pública constituyen tendencias regionales, el Perú se distingue de otros casos latinoamericanos por el colapso de su sistema de partidos. La singularidad de la experiencia peruana tiene que ver con el hecho de que el cambio hacia un modelo orientado al mercado haya sido encabezado por un *outsider* enfrentado a los partidos, lo que hizo que la consolidación del nuevo modelo haya implicado no la reconversión de las identidades partidarias, como en otros casos -Bolivia desde Paz Estenssoro, Argentina con Menem o Brasil con Cardoso-, sino su liquidación. De otro lado, el éxito de Fujimori en llevar a cabo el cambio de modelo es el elemento que explica su diferencia respecto a otros líderes que intentaron legitimarse sobre la base de un fuerte discurso contrario a la política y al *establishment* político, y que fracasaron al enfrentarse desde la presidencia a sus congresos y a las elites partidarias "tradicionales": Collar de Melo en Brasil, Serrano Elías en Guatemala, y más recientemente, Bucaram en Ecuador. (Tanaka, 1998: 12)

Al contrario de las explicaciones sobre el colapso que ponen el acento en asuntos estructurales o institucionales, el análisis de Tanaka pone en el centro las variables políticas que resaltan las acciones y omisiones de los actores y que ubican a los factores estructurales como parámetros.

Otros análisis sobre el Perú que abarcan incluso la década de 2000, plantean la duda sobre una posible reconstrucción del sistema de partidos peruano (Gutiérrez, 2005) y otros sostienen tajantemente que se ha dado un renacimiento del mismo (Kenney, 2003) o al menos de uno de sus actores tradicionales, el Apra, que retornó al poder presidencial en 2005 (Wills, 2011).

Ecuador ha sido un país de gran convulsión política, sobre todo en las últimas décadas. Los análisis en temas como política, anti-política, populismos, nuevos actores y cambio político han sido recurrentes. La transformación del sistema de partidos y el desplazamiento de los partidos tradicionales del lugar privilegiado que ocupaban en décadas anteriores ha sido evidenciado por varios autores (Machado, 2007; Echavarría, 2007). Por supuesto, la participación del movimiento social (especialmente del movimiento indígena) ha jugado un papel importante en el cambio político ecuatoriano (Lalander & Gustafsson, 2008). Los analistas han puesto especial énfasis en la forma en que los resultados electorales, particularmente en este siglo, significaron el desplazamiento de los partidos tradicionales por fuerzas políticas emergentes y candidatos outsiders. Incluso existen intentos interesantes por hacer caracterizaciones de estos últimos (Echavarría, 2007).

Las reformas institucionales que se llevaron a cabo en este país condujeron, sostienen algunos analistas, a la provincialización de la política en esta nación (Pachano, 2008). De manera que los partidos no se fortalecieron y tanto su crisis, como el carácter personalista que se acentuó en las décadas recientes, condujeron a la fragmentación de un sistema multipartidista compuesto por agrupaciones que no lograron sobrevivir más de dos campañas electorales debido a que los fortines de votantes eran reducidos y altamente volátiles (Wills, 2011: 13-14)

En Colombia los trabajos sobre terceras fuerzas, otras opciones, nuevos partidos, cambio político y temas similares, se han encontrado con la dificultad para clasificar a los nuevos políticos colombianos como outsiders, anti-sistema o anti-políticos. Esa dificultad ha estado basada en que, efectivamente, los nuevos políticos colombianos que han incursionado y ocupado el poder local (o pugnado por el nacional) suelen ser menos radicales que sus homólogos de los países vecinos. Sin embargo, alguna literatura se ha encargado de estos políticos y partidos emergentes, generalmente como un tema subsidiario de estudios sobre el sistema de partidos y el sistema electoral colombiano.

En ese sentido, un grupo de trabajos se ha centrado especialmente en las transformaciones del sistema de partidos en el nivel nacional. De acuerdo con algunos estudios, Colombia se había caracterizado por tener un sistema de partidos con importantes niveles de institucionalización.

En un reconocido trabajo sobre sistemas de partidos en América Latina, Mainwaring y Scully (1995) concluían que el sistema de partidos de Colombia estaba institucionalizado, sobre la base de cuatro criterios que produjeron un puntaje agregado

de 10.5 puntos de un total posible de 12.0. Los sistemas de partidos institucionalizados son aquellos que presentan cuatro características principales: 1. Patrones estables de competición al interior del partido 2. Que los partidos estén fuertemente arraigados en la sociedad. 3. Los votantes ven a los partidos y las elecciones como legítimos, y los partidos son necesarios e incluso instituciones deseables. 4. Finalmente, que los partidos estén bien organizados y no están subordinados a un líder o a un pequeño grupo. (Mainwaring y Scully, 1995)

Uno de los aspectos importantes que algunos han subrayado en este tipo de análisis (Boudon, 2000) se refiere a que en sistemas de partidos institucionalizados, raramente se observan candidatos independientes exitosos, particularmente los llamados *outsiders* que, como se señala arriba, fueron importantes en países como Perú y Ecuador.

Pese a ello, el mismo Boudon, acudiendo a otras variables, sugiere que Colombia, desde 1989 ha venido experimentando el tipo de crisis sistémicas necesarias para la emergencia de nuevos partidos y la consecuente transformación del sistema de partidos⁵.

Colombia ha estado asediada por la violencia desde cuatro frentes: guerrillas de izquierda, grupos paramilitares de ala derecha, traficantes de drogas y las fuerzas de seguridad del país. Un colapso parcial del estado que ocurrió a finales de la década de 1980 fue sólo rectificado en parte por la nueva constitución de 1991. Desde entonces, la guerrilla y los paramilitares han intensificado sus ataques con la menor interferencia del gobierno. La mayoría de las estimaciones sugieren que la guerrilla controla cerca del 40% del territorio de Colombia. Mientras tanto, la históricamente sólida economía colombiana ha entrado en una prolongada recesión, aumentando las percepciones populares de que el país está en modo de crisis. (Boudon, 2000: 33)

En una línea similar se enmarcaron los trabajos de Francisco Leal Buitrago (1990 y 1988) que aluden a una crisis estructural y a un punto de no retorno en el que el bipartidismo no parecía tener otra suerte que su sustitución. La sensación de estar “al filo del caos” acompañó parte de la literatura con la que terminaron los años ochenta y empezó la década siguiente.

A pesar de estas consideraciones, el sistema de partidos en buena medida se mantuvo hasta la década de los noventa y los análisis sobre el sistema y los partidos mismos referidos a esta década se dividieron entre aquellos que esgrimían la hipótesis de los partidos en crisis (fragmentados y deteriorados) y los que, por el contrario, sustentaron la idea de los partidos en auge basados en los importantes resultados electorales de los partidos tradicionales (Dávila y Botero, 2002).

La primera década del siglo XXI presenció de manera definitiva lo que se anunciaba tímidamente décadas atrás. Algunos trabajos explican porque desde 2002 (y no antes) estamos asistiendo a un reordenamiento del sistema de partidos y al final del bipartidismo (Gutiérrez, 2006 y 2007). Los cambios en la cultura política y en el modelo económico, entre otros, que venían teniendo lugar desde unos años atrás, la

⁵ De acuerdo con el mismo autor, es importante señalar que ya en 1974 la Alianza Nacional Popular (ANAPO) obtuvo el 10% de curules en la Cámara de representantes, cuatro años después de que su candidato presidencial, Gustavo Rojas Pinilla, casi llegara al poder ejecutivo del país, representando este un antecedente breve pero importante en la reconfiguración del sistema de partidos (Boudon, 2000: 37)

llegada al primer cargo del ejecutivo nacional de un candidato que no portaba el marbete rojo o azul y los nuevos diseños institucionales hicieron posible el deshielo del sistema de partidos y la configuración de tres bloques políticos: los tradicionales (liberales y conservadores), los transicionales (tradicionales que se presentan como nuevos, hasta ahora los grandes ganadores) y los nuevos pura sangre que ganaron posiciones en los ejecutivos locales. Los eventos electorales nacionales más recientes (2006 y 2010) han corroborado que el bipartidismo (al menos el liberal-conservador que conocimos) ya no existe y que los partidos tradicionales obtienen un pedazo más pequeño de la distribución del poder político electoral del que estuvieron acostumbrados.

Como decíamos en la introducción, los cambios en el nivel local se experimentaron de manera más temprana, aunque también de forma desigual como se verá en el siguiente apartado. Y dejaron ver la aparición, inicialmente en ese nivel, de personajes que venían de sectores distintos a la política tradicional, especialmente de la academia.

2. Procesos de cambio político en Bogotá y Medellín.

Una mirada a los estudios sobre las ciudades de Medellín y Bogotá deja ver efectivamente cambios importantes aunque, por supuesto, las generalizaciones son allí menos posibles.

2.1 Sistemas de partidos locales.

Para el caso de Bogotá desde los primeros años de la década del noventa se advierten algunas tendencias de cambio importantes en el sistema de partidos. En efecto, aunque todavía no se habla de un quiebre definitivo del sistema de partidos, se enuncian los indicios que condujeron al mismo analizando tres hipótesis que sintetizan ese momento de transición: las preferencias electorales no eran para entonces consistentes ni siquiera en el nivel local, los partidos tradicionales todavía eran fuertes (sobre todo el Liberal) pero experimentaban “fatiga de material”, y existía una desagregación parcial del bipartidismo (sobre todo en clases medias y altas) que favoreció la importante aparición del voto crítico/cívico (Gutiérrez, 1995)

En una línea muy similar y profundizando una de las hipótesis señaladas, Miguel García (García, 2002) sugiere, que en Bogotá desde mediados de los años noventas, aparece una suerte de sistemas de partidos paralelos, que funcionan de forma diferente en los distintos eventos electorales locales. Esta hipótesis es apoyada con la idea de que el sistema de partidos bogotano estaba experimentando un proceso de disinstitutionalización. Esto se nota, dice García, en aspectos como la variación del Número Efectivo de Partidos (NEP), los altos niveles de volatilidad electoral, el personalismo alarmante del ejercicio político y la pérdida de identidades partidistas.

La idea más o menos generalizada, fundamentada por supuesto en los estudios revisados y en la percepción de operadores políticos específicos (Guzmán, 2005) es que la década del noventa representa un antes y un después en la política y en el sistema político de esta ciudad. Seguramente con las características y las particularidades de cada evento electoral (no es lo mismo votar por alcalde que por concejal) pero siempre con la existencia de movimientos y políticos con bases electorales estables que hicieron imposible, hasta hoy incluso, el retorno de un político con marbete tradicional al Palacio de Liévano.

Algunas críticas ha suscitado este tipo de interpretaciones. Pese a la evidencia según la cual los candidatos a la alcaldía propuestos por los partidos liberal y conservador en los últimos años no han logrado quedar en los dos primeros lugares de preferencia de los electores bogotanos, se ha advertido que la persistencia de la inercia ancestral del bipartidismo en Bogotá no debe ser menospreciada:

Es más, una estrategia política que ha parecido generalizarse entre los candidatos para obtener la alcaldía es desvincular su nombre de las filas oficialistas tradicionales. Pero es allí donde se puede evidenciar la persistencia de la lógica bipartidista, ya que ha logrado adaptar su rostro de viejo cuño a las nuevas realidades políticas. Así, varios de los candidatos que se presentan como independientes, en realidad no lo son, ya que guardan vínculos estrechos con los partidos tradicionales, o más aún, les deben a ellos sus primeras incursiones en las riesgosas arenas de la vida política. (Barreto, 2010: 76)

Lo que esta crítica no advierte o no diferencia claramente es que, si bien hay una dificultad para precisar los verdaderos “independientes” de aquellos que no lo son (lo que con el tiempo fue incluso más sencillo y posible), esto no guarda relación directa con la persistencia de la lógica bipartidista ni con la posibilidad, por esa vía, del retorno de esquema bipartidista al gobierno de la ciudad capital con el argumento de las oleadas cíclicas (Barreto, 2010: 76) que pudieron ser importantes en los noventa (Gutiérrez, 1995)

Por el contrario, creo que el cambio político en Bogotá es claro, consistente y duradero, de no mediar un tsunami político tradicional (algo poco usual) en las próximas décadas. Las lógicas tradicionales pueden estar presentes, y de hecho lo siguen estando en la política de la ciudad, pero el retorno de los partidos y del esquema bipartidista al poder me parece francamente impensable.

El caso de Medellín difiere en algunos aspectos importantes del bogotano. Sobre el sistema de partidos tradicional y sus transformaciones pueden leerse dos perspectivas de análisis.

Una de las más recientes investigaciones es la realizada por Alex Reina Botero (Reina, 2008) quien ha enfocado su atención en la dinámica político-electoral de la ciudad de Medellín. El autor centra su análisis en Compromiso Ciudadano, movimiento que ha hecho presencia en la ciudad de Medellín desde la contienda electoral del año 2000 y ocupó el primer cargo municipal en 2003-2007 y 2008-2011, rompiendo así con el marcado bipartidismo existente en la ciudad. En cuanto a la victoria obtenida por Sergio Fajardo en el año 2003, catalogada como un golpe de opinión generado principalmente por el cansancio hacia el bipartidismo, el autor detalla una consistencia electoral en algunas zonas de la ciudad del movimiento Compromiso Ciudadano desde su surgimiento en las contiendas electorales en el año 2000 con nichos de votación específicos.

La investigación se presenta como un interesante ejercicio en donde se analiza la ruptura del bipartidismo en la ciudad de Medellín en las contiendas electorales para la alcaldía, empleando como elementos de argumentación y demostración índices socio-económicos y la evolución del comportamiento electoral en la ciudad.

Por su parte, el texto de Arenas y Escobar (2012) pretende mostrar de qué manera la década de los noventa se constituyó en un período importante para entender el posterior “reacomodamiento del sistema de partidos” en lo local. Para tal propósito, se plantea un análisis de las estrategias organizativas con fines electorales de las expresiones locales de los partidos liberal y conservador, de los niveles de fraccionamiento alcanzados por ambas colectividades en este período y de la dinámica electoral de la ciudad. Las continuidades y cambios que vivió la ciudad en este período permiten entender la permanencia en aquella década de los tradicionales pero igualmente, la aparición dispersa y fragmentada de alternativas al bipartidismo que sólo tendrán juego político en la década posterior, hasta ocupar el primer cargo político de la ciudad.

Los autores sostienen que, si bien se dio una suerte de reordenamiento del sistema de partidos local, los partidos tradicionales continúan teniendo una parte importante de los escaños del Concejo y amplias posibilidades de disputar el poder ejecutivo local (Arenas y Escobar, 2012).

Las diferencias en la manera en que se dio el cambio político en ambas ciudades son evidentes. Primero porque la transformación en Medellín se presentó de manera tardía, comparado con lo que había pasado una década atrás en la capital y en otras ciudades grandes e intermedias. Segundo, porque los tradicionales en Medellín siguen teniendo juego y posibilidades reales, como lo demostraron los comicios de 2007 y 2011, mientras en Bogotá dejaron de tener peso electoral en la disputa por la alcaldía. Es interesante señalar finalmente una importante coincidencia: en ambas ciudades las dinámicas electorales para alcalde difieren de las de Concejo, como lo dejan ver algunos estudios (García 2002, Arenas y Escobar 2000, Pizano 2002, Gutiérrez 2005).

2.2 Antipolíticos, cívicos, independientes y algo más.

Desde los años ochenta y con mucha más fuerza a partir del proceso que condujo a la Constitución Política de 1991, el lenguaje político de la época estuvo dominado por las alusiones a lo cívico, lo independiente y lo anti político. Para entonces, la novedad y el desconocimiento de los términos hacía que la respuesta a la pregunta por el significado de dichos términos fuera por la vía negativa: ser antipolítico, cívico o independiente era todo aquello que no fuera liberal ni conservador, aquello que no podía ser bipartidista. Esto por supuesto decía algo pero no explicaba satisfactoriamente el fenómeno:

...la idea de renovación se asoció con la desvinculación bipartidista, lo cual supuso dos cosas. En primer lugar, la generalización de un discurso político en el cual lo “independiente” se define de manera negativa. Es decir, “independiente” es todo aquello que no es liberal ni conservador. [...]Sin embargo, desde este momento la “independencia” fue tomando fuerza como una arena vacía pero no silenciosa que, al tiempo que carece de significado objetivo y no nos dice lo que el político es, se vitaliza cuando los políticos (partidistas o no, nacionales o locales), afirman no ser o no haber salido de la congregación liberal o de la conservadora (Pizano, 2002: 50)

El caso más notorio y sonoro de esa manifestación ha sido sin duda el de Bogotá. La llegada en 1994 de un filósofo y matemático al segundo cargo más importante del país utilizando los símbolos como estrategia electoral, se convirtió en el fenómeno para ejemplificar el triunfo de los nuevos, del antipolítico, y para argumentar que un nuevo

tipo de votante y una nueva forma de hacer política habían hecho su aparición en el país o, al menos, en las grandes ciudades.

Algunos estudios para Bogotá (Peña, 1995) sugieren que el proceso político electoral para Alcaldía, al menos en 1994, privilegió formas antipartido, centradas en el carisma y discurso del candidato. Otros insisten en la separación tajante entre el tipo de discurso – antipolítico, antipartidista, hacia la opinión-y las prácticas proselitistas necesarias para ganar la alcaldía Mayor, por un lado, y las actividades proselitistas necesarias para conquistar las mayorías en el Concejo y en las JAL, por el otro (PNUD, 2008)

El entusiasmo postconstitucional cívico e independiente que ejemplificaba Bogotá, dejaba ver, empero, otra contradicción importante del momento que radicaba en que la sociedad y la política parecían transitar por caminos distintos.

Pero nuestra orgía cívica desnudó una tensión entre dos niveles del discurso. En términos de la vida cotidiana, más asociado a lo cívico y a lo urbano entendidos en su forma más convencional, Bogotá aparecía como emblema del atraso y de lo que no debería ser una ciudad. Entre los muchos pecados que se le podían achacar estaban la falta de sentido de pertenencia, el desorden, la incuria, la suciedad, la irracionalidad. En el plano político, en cambio, la capital era y es el símbolo de la independencia de espíritu, del “voto de opinión” (es decir, de aquel que no estaba condicionado por dependencias clientelistas), de la capacidad de cambio (Gutiérrez, 1998: 34)

Es importante señalar que justamente la llegada de Mockus, un antipolítico prototipo casi en todo, excepto en que a diferencia de sus homólogos de ciudades intermedias no denunció el bipartidismo (Gutiérrez, 1996: 84), contribuyó a cambiar el significado de la noción de lo cívico que desde entonces no se asociaría tanto a las ideas de participación y protesta, característica de los años setenta y ochenta, y a que se cerrara significativamente la brecha señalada. Lo cívico se asociaría en adelante a la posibilidad de vivir mejor en comunidad y el discurso y las acciones, sintetizadas en una suerte de “giro pedagógico”, estaban direccionados hacia ese fin.

En el caso de Medellín no se presentó algo similar en la década de los noventa. Lo “cívico”, que funcionó mas como una etiqueta, constituyó el antecedente, en la política local, de la idea del “alcalde-gerente”. Con esta idea, que tuvo mucha difusión en el país desde la primera Elección Popular de Alcaldes (Santana, 1988), se velaba el vínculo partidista con el fin de atraer el apoyo de los más diversos grupos de la sociedad, de otras organizaciones políticas o, incluso, de sectores abiertamente críticos con los partidos tradicionales. Lo “cívico”, expresaba en parte la crítica a los políticos por su distanciamiento de los problemas específicos de las localidades y retomaba la imagen de un líder idealizado por su compromiso directo con la comunidad. Sugería adicionalmente un punto intermedio entre la imagen del político y la idea de “gerente” que se impondría con mayor fuerza con el paso de los procesos electorales (Arenas y Escobar, 2000).

Es en el uso de categorías como lo “cívico” o lo independiente, donde se demuestra la manera en que la vieja política y el clientelismo aprendieron a hacer suya la terminología constitucional, incluso con mayor éxito electoral que aquellos que realmente lo eran y que no tuvieron en Medellín ni los recursos ni la imaginación necesaria para posicionar un sello propio.

Habría que esperar hasta la década siguiente para presenciar la aparición en la ciudad de formas políticas nuevas y exitosas, con discursos y prácticas que comenzaron a posicionar una impronta no tradicional (incluso antitradicional), aunque no decididamente antipolítica:

Nosotros, ciudadanos y organizaciones de Medellín, de diversas procedencias, interesados y comprometidos con la construcción y preservación del bien común, preocupados por el creciente deterioro de la gestión pública, por la tendencia al envilecimiento de la actividad política, por la violencia y, en general, por el acelerado retroceso en la calidad de vida, hemos decidido organizarnos en un movimiento político ciudadano, independiente de los partidos tradicionales y de los actores armados, que hemos denominado Compromiso Ciudadano (Fajardo, 2000 citado en Arenas y Escobar, 2012)

La consigna programática del movimiento Compromiso Ciudadano tenía una estructura relativamente sencilla:

1) Declaraba un origen ciudadano, independiente y pluralista; 2) Proponía un diagnóstico, subrayando el envilecimiento de la política y el deterioro de la calidad de vida por la violencia; 3) Identificaba unos agentes responsables: los partidos tradicionales y los actores armados, frente a los cuales el movimiento declaraba su “independencia”, es decir, por fuera de las responsabilidades directas de la crisis de la ciudad. Todo esto se vio reforzado a través de la actividad desarrollada por Fajardo, un líder carismático que además supo utilizar su faceta como columnista y figura en diversos medios de comunicación local, lo que potenció su visibilidad (Arenas y Escobar, 2012)

Construir la imagen de “independiente” no implicaba, en el caso de Fajardo y su movimiento, ubicarse por fuera de la política, sino que sugería la posibilidad de “corregir” cierto alejamiento de los ciudadanos frente a ésta, a causa de su desprestigio. Esto implicaba ensayar una vía distinta a la del “antipolítico” para enfrentar el malestar de los ciudadanos con sus dirigentes y colocar en el centro la idea de “recuperar la dignidad” de la política.

Estas características resaltan una de las diferencias entre Fajardo y otros *outsider*, en la medida que su gobierno no estuvo basado en una oposición con el Concejo, como en la primera etapa del alcalde Mockus en 1994, sino que arrancó con cooperaciones y aprendizajes mutuos, valga decir, el alcalde comenzó su gestión reconociendo la importancia de la experiencia acumulada por aquellos políticos locales que llevaban varios períodos en la Corporación y éstos a su vez no plantearon una oposición cerrada a las propuestas de la Administración, sino que, con expectativas relativamente abiertas, se dejaron contagiar por los principios de eficacia y publicidad de las gestiones (Arenas y Escobar, 2012)

Algunos rasgos permiten establecer, además de las diferencias marcadas, puntos de encuentro entre los procesos de ambas ciudades, centrados sobre todo en el carácter no radical de los dos políticos más reconocidos, lo que establece diferencias importantes con los procesos de líderes de otros paises.

Conclusión

Cada ciudad ha experimentado, a su manera, el cambio político. En Bogotá el nuevo lenguaje caló prontamente entre buena parte del electorado, sectores importantes de la academia y algunos personajes que venían de allí, de otros sectores de la sociedad o de la política misma, incluso de la tradicional, y que entendieron el “espíritu de la época” o lograron adaptarse a él y generar cambios importantes y sostenidos en la ciudad. El dominio electoral de las opciones no bipartidistas, y claramente de la izquierda desde el año 2003 en la alcaldía de la capital, parece corroborar la tendencia según la cual en Bogotá, al menos en el ejecutivo, los tradicionales difícilmente volverían a tener juego.

En Medellín, los tradicionales se adaptaron mas fácilmente a los nuevos tiempos, conjugaron de mejor forma el nuevo lenguaje, se vistieron con nuevos ropajes y formas, que por supuesto fueron combinadas con las maneras conocidas de hacer política y, pese a que el cambio llegó tardíamente, mantuvieron altas posibilidades de retorno.

Cabe, no obstante, la posibilidad de señalar algunas similitudes en las dos ciudades y sus procesos políticos. La más importante es, sin duda, la existencia tanto en Bogotá como en Medellín, en momentos distintos, de nuevos partidos y políticos que derrotaron la clase política tradicional, con formas diferentes de llegarle al electorado y con líderes políticos que dieron el salto a la política nacional y hoy son reconocidos en ella. Adicionalmente, con líderes que coincidían en un estilo fresco y distinto, pero lejano a las propuestas radicales de los nuevos políticos de algunos países del vecindario.

BIBLIOGRAFÍA:

1. Angarita, Pablo Emilio (1997) De la crisis de los partidos políticos a la emergencia de nuevos movimientos sociales: el caso de Medellín. En: Nuevos movimientos políticos. Entre el ser y el des-encanto. Relecturas. No. 23. Instituto Popular de Capacitación. Medellín.
2. Arenas Gómez, J. C., & Escobar Escobar, J. C. (2012). *Elecciones, partidos y política local*. Medellín: Universidad de Medellín; Instituto de Estudios Políticos. En prensa.
3. Arenas Gómez, J. C., & Escobar Escobar, J. C.(2000). *Discursos políticos y resultados electorales en Medellín en los años noventas*. En: Estudios Políticos. No 16. Medellín, Instituto de Estudios Políticos, Universidad de Antioquia, Enero-junio.
4. Arenas Gómez, Juan Carlos; Bedoya Marulanda, John Fredy. (2011). Las lógicas de la competencia electoral en escenarios locales: Medellín, 1988-2007. *Estudios Políticos*, 39, Instituto de Estudios Políticos, Universidad de Antioquia, (pp. 39-74).
5. Barnea, Shlomit & Gideon Rahat (2010) 'Out with the old, in with the "new": What constitutes a new party? *Party Politics* 17: 303-320.
6. Barr, Robert R. (2009) Populists, outsiders and anti-establishment politics *Party Politics* 15: 29-48.
7. Barreto Roza, Antonio (2010). El voto de opinión en Bogotá: una mirada crítica. *Análisis Político* No 69, Bogotá, mayo-agosto, págs. 67-78.
8. Botero, Camila (1998) Elecciones en Bogotá, 1997. en: Bejarano, Ana María y Andrés Dávila (compiladores) (1988). *Elecciones y Democracia en Colombia 1997-1998*. Bogotá, Fundación Social-Departamento de Ciencia Política (Universidad de los Andes)-Veeduría Ciudadana a la Elección Presidencial.
9. Boudon, Lawrwnce (2000) Party system desinstitutionalization. The 1997-98. Colombian Elections in Historical Perspectives. *Journal of interamerican Studies and world Affairs* 42 (3): 33-57.
10. Dávila, Andrés y Felipe Botero (2002). Colombia. La compleja modernización de los partidos más antiguos de América Latina. En Cavarozzi, Marcelo y Abal Medina, Juan. *El asedio de la política. Los partidos latinoamericanos en la era neoliberal*. Rosario: Homo Sapiens Ediciones y Konrad Adenauer Stiftung.
11. Dávila, Andrés y Ana María Corredor (1998). Las elecciones del 26 de octubre: ¿Cómo se reprodujo el poder local y regional?, en: Bejarano, Ana María y Andrés Dávila (comp.) (1988). *Elecciones y Democracia en Colombia 1997-1998*. Bogotá, Fundación Social-Departamento de Ciencia Política (Universidad de los Andes)-Veeduría Ciudadana a la Elección Presidencial.

12. Echavarría, Julio. (2007) La democracia difícil: neopopulismo y anti-política en Ecuador. *Iconos. Revista de Ciencias Sociales*, (27), 27-35.
13. García Sánchez, Miguel. (2002) *La política bogotana, un espacio en recomposición (1982-2001)* En: Gutiérrez Sanín (compilador). *Degradación o cambio. Evolución del sistema político colombiano*. Bogotá, Instituto de Estudios Políticos y Relaciones Internacionales - Editorial Norma.
14. Gidengil, Elisabeth, André Blais, Neil Nevitte and Richard Nadeau (2001) The correlates and consequences of anti-partyism in the 1997 canadian election *Party Politics* 7: 491-513.
15. Gutierrez Sanín, Francisco (1995) Tendencias de cambio en el sistema de partidos: el caso de Bogotá. *Análisis Político* 24:73-82. Bogotá. 106-125.
16. Gutiérrez Sanín, Francisco (2005) Deconstruction without reconstruction? The case of Peru (1978-2004) crisis states research centre – working paper N° 63.
17. Gutierrez Sanín, Francisco (2006) Estrenando sistema de partidos. *Análisis Político*. Vol 19 No 57. Bogotá. Pp 106-125.
18. Gutiérrez Sanín, Francisco (2007). *¿Lo que el viento se llevó? Los partidos políticos y la democracia en Colombia. 1958-2002*. Bogotá: Norma.
19. Guzmán, Tania. (2005). El deterioro de los partidos como vía de transformación del Concejo de Bogotá entre 1970 y 2000. En: *Estudios Políticos* No. 27. Medellín, julio-diciembre 169-198.
20. Holguín Castillo, J. (2006). La reforma de 2003: la tensión entre abrir y cerrar el sistema político colombiano. En G. Hoskin, & M. García Sánchez, *La Reforma Política de 2003: ¿La salvación de los partidos políticos colombianos?* (pp. 33-64). Bogotá: Universidad de los Andes. Departamento de Ciencia Política; Fundación Konrad Adenauer; London School of Economics and Political science.
21. Jaramillo, Ana María et al. (1998) “La política, su representatividad y sus representaciones”. En: *En la Encrucijada. Conflicto y cultura política en el Medellín de los noventa*. Medellín, Corporación Región. Pp. 155-198.
22. Kenney, Charles D. (2003) The death and rebirth of a party system, Peru 1978-2001 *Comparative Political Studies*, 36 (10): 1210-1239.
23. Keren, Michael (2000) Political Perfectionism and the `Anti-System' Party *Party Politics* 6: 107-116.
24. Laakso, M., & Taagepera, R. (1979). Effective number of parties: A measure with application to West Europe. *Comparative Political Studies* , 12 (1), 3-27.
25. Lalander, Richard y Maria-Therese Gustafsson (2008) *Movimiento indígena y liderazgo político local en la Sierra ecuatoriana: ¿Actores políticos o proceso social*. Provincia, Quito (19), 57-90.

26. Leal Buitrago, Francisco [et al.] (1990) Al filo del caos: crisis política en la Colombia de los años 80. Francisco Leal Buitrago y León Zamosc, editores. Bobota, IEPRI, Tercer Mundo Editores.
27. Leal Buitrago, Francisco (1988) Democracia oligárquica y rearticulación de la sociedad civil: el caso colombiano. En: Pensamiento Iberoamericano, número 14, julio-diciembre.
28. Lynch, Nicolás. (1999) Una tragedia sin héroes; la derrota. Lima. Universidad Mayor de San Marcos-Fondo editorial.
29. Machado P, Juan Carlos. (2007) Ecuador: el derrumbe de los partidos tradicionales. *Revista de Ciencia Política* (27), 129-147.
30. Mainwaring, Scott and Timothy R. Scully (1995). Building democratic institutions. Party system in Latin America. Stanford; Stanford University Press.
31. Medellín, Pedro (1998). Análisis electoral: ¿qué pasó en Bogotá? Lecciones y evidencias de las elecciones de octubre de 1997. Programa de Gobierno y Políticas Públicas, CIDER, Uniandes.
32. Pachano, Simón (2009) *Ecuador, la provincialización de la representación*. En: la crisis de la representación democrática en los países andinos, Bogotá, Grupo Editorial Norma.
33. Peña, Sonia Lucía. (1995) Rito y Símbolo en la campaña para la alcaldía de Bogotá. En Análisis Político No. 24 ene/abril.
34. Pizano, Lariza (2002) Reflexiones sobre las decisiones electorales de los bogotanos. En: Análisis Político, No 45, Bogotá: IEPRI. Pp. 44-57.
35. PNUD (2008) Bogotá. Una apuesta por Colombia. Informe de Desarrollo Humano para Bogotá.
36. Reina, Alex. (2008) *Compromiso ciudadano: de fenómeno político de opinión a movimiento político. Ecos de las reformas y los resultados electorales (Medellín 2002- 2007)*. Primer Congreso de Ciencia Política, Bogotá, Análisis Político No 45. Enero-abril.
37. Rodríguez, Clara Rocío. (2005). Reformas políticas y representación local en Bogotá. *Estudios Políticos*, 27, 131-166.
38. Sánchez, F. (2003). Cambio en la dinámica electoral en Costa Rica: un caso de desalineamiento. *América Latina Hoy* (35), 115-146.
39. Santana, Pedro (1988) Los Movimientos cívicos: el nuevo fenómeno electoral. *Revista Foro* No. 6 junio de. Bogotá.

40. Sartori, G. (1976) *Parties and party systems. A framework for analysis*. Cambridge, Cambridge University Press.
41. Tanaka, Martín (1998) *Los espejismos de la Democracia. El colapso del sistema de partidos en Perú. 1980-1995, en perspectiva comparada*. Lima, Instituto de Estudios peruanos.
42. Torcal, Mariano, Montero, José Ramón y Gunther, Richard. (2007) *Los sentimientos antipartidistas en el sur de Europa En: Partidos Políticos. Viejos y nuevos conceptos*. Editado por José Ramón Montero y otros. Madrid: Editorial Trotta.
43. Wills, Laura (2011). *Crisis en los sistemas de partidos y en los partidos políticos de la región andina, 1978-2010. Explicaciones y perspectivas*. En: *Controversia*, Tercera etapa, Número 196, junio de 2011. Pp 93-121.